

es aquel que las letras de la imagen figuradas en la tabla que ante sus pechos tiene señala, y que las siete letras de su pecho encendidas como fuego con estas juntará; para este se ha guardado por aquella que con su gran sabiduría alcanzó á saber que en su tiempo ni despues muchos años vernia otro que igual le fuese.» Cuando Amadís esto vió, é miró mucho las letras coloradas, luego le vino á la memoria ser tales aquellas como las que su hijo Esplandian tenia en la parte siniestra, é creyó que para él, como mejor que todos, y que á él mismo de bondad pasaria, estaba aquella aventura guardada, é dijo contra Grasandor: «Qué vos parece destas letras?—Páreceme, dijo él, que entiendo bien lo que las blancas dicen, pero las coloradas no las alcanzo á leer.—Ni yo tampoco, dijo Amadís, aunque ya, á mi parecer, en otra parte vi otras semejantes que estas, y pienso que las vos vistes.» Entonces Grasandor las tornó á mirar mas que de ante é dijo: «¡Santa María val! estas son las mismas que vuestro hijo tiene, é á él es otorgada esta aventura. Agora os digo que iréis de aquí sin la acabar, y quejáis de vos mismo, que fecistes otro que mas que vos vale.» Amadís le dijo: «Creed, mi buen amigo, que cuando leimos las letras de la tabla que la imagen de la ermita por donde pasamos tiene, pensé esto que me decís, é porque me no tengo yo por tan bueno como allí dice que será el que engendrare aquel caballero no os lo osé decir, y estas letras me facen creer que qué habeis dicho.» Grasandor le dijo riendo é de buen talante: «Descendamos de aquí é tornemos á nuestra compañía; que, segun me parece, por un parejo llevarémos de aquí las honras é la vitoria deste viaje, y dejemos esto para aquel doncel, que comienza á subir donde vos descendéis.»

Así se salieron entrambos, habiendo placer el uno con el otro, é cuando fueron fuera de los grandes palacios dijo Amadís: «Miremos si aquella cámara encantada tiene otro lugar alguno por donde á ella con algun artificio la podiesen entrar.» Entonces andovieron á la redonda de los palacios á la parte donde la cámara estaba, á fallaron que era toda de una piedra, sin haber en ella junta ninguna. «A buen recaudo, dijo Grasandor, esta hacienda bien será que la dejemos á su dueño, y que en fuiza desta espada que venistes á ganar, no dejéis esa vuestra, que con tantos sospiros é cuidados é grande afición de vuestro espíritu ganastes.» Esto decia Grasandor porque la ganó como el mas alto é leal enamorado que en su tiempo hobo; que no se pudo alcanzar sin que en muchas y fuertes congojas su ánimo púesto fuese, como la parte segunda desta historia lo cuenta. Entonces se fueron por aquel llano donde les pareció que habia mas poblacion, é fallaron unas albercas muy grandes cabe unas fuentes, é unos baños derribados, é unas casillas pequeñas muy bien fechas con algunas imágenes de metal é otras de piedra, é así otras muchas cosas antiguas. Pues estando así como oídes, vieron venir adonde ellos estaban un caballero armado de todas armas blancas, é su espada en la mano, que subiera por el camino mismo que ellos, que no habia otra subida. E como á ellos llegó, saludólos, y ellos á él, y el caballero les dijo: «Caballeros, ¿sois vosotros de la insola Firme?—Sí, dijeron ellos;

¿por qué lo demandais?—Porque hallé acá yuso al pié de la peña unos hombres en una barca, que me dijeron que eran acá suso dos caballeros de la insola Firme, é no pude dellos saber sus nombres; é porque yo asimismo lo soy, no querria haber con ninguno que de allí fuese ninguna contienda si de paz no fuese; que yo vengo en demanda de un mal caballero, é trayo nueva cómo aquí se acogió con una doncella que forzada trae.» Amadís cuando esto oyó dijo: «Caballero, por cortesía os demando que me digais vuestro nombre ó vos quiteis el yelmo.—Si vosotros, dijo él, me decís é asegurais en vuestra fe que sois de la insola Firme, yo os lo diré; de otra manera, excusado será preguntármelo.—Yo os digo, dijo Grasandor, sobre nuestra fe, que somos de allí donde os dijeron.» Entonces el caballero quitó el yelmo de la cabeza é dijo: «Agora me podréis conocer si así es como he dicho.» Como así lo vieron, conocieron que era Gandalin. Amadís fué para él los brazos abiertos é dijole: «¡Oh mi buen amigo é hermano! qué buena ventura ha sido para mí fallarte!» Gandalin estuvo mucho maravillado, que aun no le conocia, é Grasandor le dijo: «Gandalin, Amadís os tiene abrazado.» Cuando él esto oyó fincó los hinojos, é tomóle las manos, é besógelas muchas veces; mas Amadís lo levantó é lo tornó á abrazar, como aquel á quien de todo corazon amaba.

Entonces se quitaron los yelmos Amadís é Grasandor, y preguntáronle qué ventura lo trajera allí. El les dijo: «Buenos señores, eso mismo os podría yo preguntar, segun donde os dejé y el lugar en que agora os fallo, tan apartado y esquivo; pero quiero responder á lo que me preguntais. Sabed que estando yo con Agrájes é con los otros caballeros que con él están en aquellas conquistas que sabeis, despues de haber vencido una gran batalla, en que mucha gente padeció, que con un sobrino del rey Arábigo hobimos, é los encerramos en la gran ciudad de Arabia, un dia entró por la tienda de Agrájes una dueña del reino de Nuruega, cubierta toda de negro, que se echó á los pies de Agrájes, demandándole muy afincadamente que la quisiese socorrer en una gran tribulacion en que estaba. Agrájes la fizo levantar é la sentó cabe sí, y demandóle que le dijese qué cuita era la suya, que él le daria remedio si con justa causa hacer se podiese. La dueña le dijo:—Señor Agrájes, yo soy del reino de Nuruega, donde es mi señora Olinda, vuestra mujer; é por ser yo su natural é vasalla del Rey su padre, vengo á vos, por el deudo é amor que aquellos señores teneis, á os demandar ayuda de algun caballero bueno que me faga tornar una doncella mi hija, que por fuerza me tomó un mal caballero señor de la gran torre de la Ribera, porque no gela quise dar por mujer; que él no es del linaje ni sangre que mi hija, antes de poca suerte, sino que alcanzó á ser señor de aquella torre, con que sojuzga mucha de aquella parte donde vive; é mi marido fué primo hermano de don Grumedan, el amo de la reina Brisena de la Gran Bretaña, é nunca por cosas que he fecho me la ha querido tornar; é dice que si por fuerza de armas no, que de otra manera no la espere ver en mi compañía.—Agrájes le dijo:—Dueña, ¿cómo el Rey vuestro señor no os hace justicia?—Señor, dijo ella, el Rey es ya muy viejo

é doliente, de forma que ni á sí ni á otro puede gobernar.—Pues ¿es lejos de aquí, dijo Agrájes, donde ese caballero está?—No, dijo ella; que en un dia é una noche, con buen tiempo, pueden llegar allá por la mar.» Como yo esto vi, rogué mucho á Agrájes que me diese licencia para ir con la dueña; que si Dios me diese vitoria, luego me volveria para él. Agrájes me la dió, é mandóme que en otra aventura no me entremetiese, salvo en esta; yo así gelo prometí. Entonces tomé mis armas é mi caballo, y metime con la dueña en una nave en que allí habia venido, é andovimos todo lo que de aquel dia quedó é la noche, é otro dia á mediodia salimos en tierra, é la dueña salió conmigo, y me guió á la parte donde era la torre del caballero; é como á ella llegamos, llamé á la puerta, y respondiome un hombre de una finiestra, diciendo qué demaudaba. Yo le dije que dijese al caballero señor de aquella torre que diese luego una doncella que habia tomado á aquella dueña que conmigo traia, ó diese razon por qué la podia é debia tener; é si no lo ficiese, que fuese cierto que no saldria persona de aquella torre que no me matase ó prendiese. El hombre me respondió, é dijo:—Por lo que tú puedes hacer muy poco darémos acá; pero espera, que abina habrás lo que pides.—Entonces me aparté de la torre, é dende á una pieza abrieron las puertas é salió un caballero asaz grande, armado de unas armas jaldes y en gran caballo, é dijome:—Caballero amenazador con poco seso que traes, ¿qué es lo que demandas?—Yo le dije:—No te amenazo ni desafio hasta saber la razon que tienes para tener por fuerza una doncella hija desta dueña, que me dice que le tomaste.—Pues aunque la dueña diga verdad, dijo él, ¿qué puedes tú hacer sobre ello?—Tomar de tí la emienda, dije yo, si la voluntad de Dios fuere.—El caballero dijo:—Pues por esta punta de la lanza te la quiero dar;—é vino luego de rendon para mí, é yo para él, é tovimos nuestra batalla, que duró gran pieza del dia; mas á la fin, como yo demandaba la verdad, é aquel defendia lo contrario, quiso Dios darme la vitoria, de manera que le tenia tendido á mis piés para le cortar la cabeza, y él me pidió merced que no le matase, y que faria en todo mi voluntad, é yo le mandé que diese la doncella á su madre, y que jurase de nunca tomar mujer ninguna contra su voluntad, y él así lo otorgó. Pues esto así fecho, soltéle, é demandóme licencia para entrar en la torre y que él mismo me traeria la doncella, é yo tomé dél fianza é dejéle ir; y dende á poco que en la torre entró, salió por otra puerta que contra la mar tenia, y metióse en un batel con la doncella, así armado como estaba, é dijome:—Caballero, no te maravilles si no te mantengo verdad; que gran fuerza de amor me lo causa hacer; que sin esta doncella no viviria sola una hora; é pues que á mí mismo no me puedo sojuzgar ni gobernar, no me pongas culpa, yo te ruego, de cosa que en mí veas; é porque pierdas esperanza de la nunca haber, ni su madre tampoco, veisme cómo con ella me voy por esta mar á tal parte donde gran tiempo pase que ninguno de mí ni della sepa.—E como esto dijo, con un remo que en sus manos llevaba partió de la ribera á mas andar, y fué por la mar adelante, é la doncella llorando con él muy dolorosamente. Cuando yo esto vi, hobe

tan gran dolor é pesar, que quisiera mas la muerte que la vida; porque la dueña que allí me trajo rompió sus tocas é vestiduras delante de mí, haciendo el mayor duelo del mundo, que era muy gran dolor de la ver, diciendo que mayor mal habia de mí recibido que del caballero, porque estando en aquella torre su hija, siempre tenia esperanza de la cobrar, la cual agora del todo cesaba, pues que la via ir á parte donde nunca sus ojos la podrian ver; de lo cual habia yo sido causa; que, como quiera que supe vencer al caballero, no fué mi discrecion bastante para dar dél el derecho que ella merecaba; é que no solamente no me agradecia lo que por ella habia fecho, mas que á todo el mundo se quejaria de mí. Yo la consolé lo mas que pude é le dije:—Dueña, yo me tengo por muy culpado, pues que no supe dar cabo en esto para que me trajistes; que debiera pensar que caballero que con tanta deslealtad tenia por fuerza vuestra hija, que así en todas las otras cosas fuera de poca virtud; pero pues que así es, yo os prometo que nunca fuelgue ni haya descanso hasta que por la mar ó por la tierra lo falle é vos traya la doncella, ó muera en esta demanda; solamente vos ruego, pues quedais en vuestra tierra, me socorrais con la barca en que venimos, é con uno de vuestros hombres que la guíe. La dueña, algo con esto consolada, dijo que la tomase, é mandó á un hombre de los suyos que conmigo fuese, é mirase bien lo que le prometia é lo que faria en ello. Con esto me despedí della, é torné por el camino que allí habia venido, é cuando á la barca llegué era ya noche cerrada; así que, hobe de esperar á la mañana; la cual venida, tomé la via que el caballero con la doncella vi llevar, é andóve aquel dia todo sin dél saber nuevas algunas; é así he andado otros cinco dias navegando á todas partes donde la ventura me llevaba, y esta mañana fallé unos hombres que andaban pescando, é dijéronme que habian visto venir un caballero en un batel armado é que traia consigo una doncella, y que llevaban la via desta peña, que se llama de la Doncella Eucantadora. Como esta nueva supe, mandé al hombre que me guiaba que aquí me trajese; é cuando fuí al pié de la peña fallé vuestra compañía, é á un barco vacío desviado dellos, é preguntéles por nuevas del caballero é de la doncella; dijéronme que lo no habian visto, sino solamente aquel batel vacío que allí estaba, é por esta causa sobiacá encima; que creo sin duda que aquí se acogió este desleal caballero; é tambien por probar una aventura, que aquellos pescadores me dijeron que en esta peña habia, de una cámara encantada, si la podiese acabar, é si no, que sopiese decir nuevas della á los que della no saben.» Grasandor le dijo riendo: «Mi buen amigo Gandalin, en lo del caballero é de la doncella se ponga remedio; que en esto que decís desta aventura quedará mas espacio; que no es tan ligero de acabar.»

Entonces le contaron todo lo que les aconteciera, de lo cual Gandalin fué mucho maravillado. Amadís le dijo: «Nosotros hemos andado gran parte deste llano é destas casas; pero no hemos visto persona alguna; mas, pues así es, busquémoslo todo, porque satisfagas tu voluntad.» E luego todos tres comenzaron á buscar todas aquellas casas derribadas, é fallaron á poco rato dentro en un baño al caballero con la doncella, é

cual, como los vió, salió luego fuera, trayéndola por la mano, é dijo: «Señores caballeros, ¿á quién buscáis?—A vos, don mal hombre, dijo Gandalin; que ya no os podrán prestar vuestros engaños ni mentiras que me no pagueis la burla que me fecistes y el trabajo que tomé en vos fallar.» El caballero le conoció luego en las armas blancas, que aquel era el que lo tenia vencido, é dijole: «Caballero, ya te dije que el gran amor que á esta doncella tengo me face que no sea señor de mí, é si tú ó alguno desos caballeros sabe qué cosa es amor verdadero, no me culpará de cosa que faga. Tú haz de mí lo que la voluntad te diere, en tal, si la muerte no, otra cosa no me parta desta mujer.» Amadís, cuando esto le oyó decir, bien conoció por su corazon y por los grandes amores que siempre toviera á su señora, que el caballero era sin culpa, pues que su poder no bastaba para se mas forzar, é dijo: «Caballero, como quiera que eso que decis algo excuse vuestra gran culpa, ni por eso este que os demanda debe dejar de dar derecho de vos á la madre desá doncella; que si así no lo ficiese, con mucha razon seria culpado ante los hombres buenos.» El caballero le dijo: «Buen señor, así lo conozco yo, é si á él le ploguiere, yo me pongo en su poder para que me lleve á la dueña que decis, á cuya recuesta se combatió conmigo, que de mí faga su voluntad y me sea ayudador, pues que la hija está de mí contenta, que lo esté la madre, y me la dé por mujer.» Amadís preguntó á la doncella si decia verdad el caballero. Ella respondió que sí; que aunque fasta allí habia estado en su poder contra toda su voluntad, que viendo el gran amor que le tenia, é á lo que por ella se habia puesto, que ya era otorgado su corazon de lo querer é amar é le tomar por marido. Amadís dijo á Gandalin: «Llévalos entrambos é metelos en mano de aquella dueña, y en lo que podieres adereza cómo la haya por mujer, pues que á ella le place.» Con esto se descendieron todos de la Peña abajo, é dormieron aquella noche en la ermita de la imagen de metal, é allí cenaron de lo que el caballero é la doncella para sí tenían; otro día se bajaron donde sus barcas tenían. E Gandalin se despidió dellos y se fué con el caballero é con la doncella; pero antes hablaron Amadís é Grasandor con él, y le dijeron que les encomendase mucho á Agrájes é aquellos sus amigos, é que si necesidad de gente toviesen, que se lo ficiesen saber en la insola Firme, que ellos irian ó se la enviarian luego.

Así se partieron unos de otros, é Gandalin, llegado á la casa de la dueña, puso en su mano al caballero é á su hija; é así como aquella doncella, con el amor que aquel caballero le mostró, fué su propósito mudado, como las mujeres lo acostumbran facer, así la madre, por ventura siendo de la misma naturaleza que su hija, mudó el suyo con lo que Gandalin le dijo, é otros algunos que en ello aderezar quisieron; de manera que á placer é contentamiento de todos fueron casados en uno. Esto fecho, Gandalin se tornó adonde Agrájes estaba; que mucho con él le plogo por las nuevas que de Amadís le dijo, é falló que todos estaban muy alegres por las buenas venturas que en aquel cerco les habian venido, porque despues que á sus enemigos encerraron en aquella ciudad, como ya oistes, habían habido

grandes peleas, en que los mas é mejores caballeros que dentro estaban eran muertos é tollidos, é tambien con la venida de don Galaor é de don Galvanes, que, como dejaron en la Profunda Insola por rey á Dragonis, sin ningun entrevalo muy prestamente entraron en su flota é fuéronles á ayudar; que así como acaesce que los dolientes cuando de gran dolencia se levantan é van cobrando salud, nunca piensan sino en las cosas mas conformes á su querer é voluntad, é con aquello creen desechar del todo lo que del mal les queda; así este rey de Sobradisa, don Galaor, viéndose escapado de aquella gran dolencia, en que muchas veces al punto de la muerte llegado se vió, no pensaba él de dar contentamiento á su voluntad, ni reformar su salud sino con aquellas cosas que su bravo é fuerte corazon le demandaban; que en esto era todo su vicio é gran placer, como aquel que desde el día que su hermano Amadís le armó caballero del castillo de la Calzada, siendo presente Urganda la Desconocida, nunca de su memoria se apartó de querer saber todo lo que á la órden de caballería tocase, é lo poner en obra, como en todas las partes que esta gran historia dél face mencion lo cuenta, no mirando agora en se ver rey poderoso con aquella tan hermosa reina Briolanja; é que, segun las proezas que por él pasado habían, con mucha causa é razon podiera por gran espacio de tiempo reposar é dar folganza á su espíritu; mas considerando que la honra no tiene cabo, é que es tan delicada, que con muy poco olvido se puede escurecer, en especial á los que en la cumbre della la fortuna les ha puesto; dejándolo todo aparte, quiso este esforzado rey tomar la empresa de ayudar á Dragonis, su primo, como ya oistes, é no ser contento con el cabo de aquella afrenta ni trabajo, sino luego se ir á la mayor priesa que pudo ayudar aquellos caballeros sus grandes amigos.

¡Oh! cómo debrian esto considerar aquellos que en este mundo fueron nacidos para seguir el auto de la caballería, é cómo debrian pensar que aunque algun tiempo de su honra dén buena cuenta, que dejando aquella gran obligacion que sobre sí tienen olvidar, no solamente las armas se toman de orin, mas la fama dello es tan cubierta, que por muchos tiempos no lo puede de sí desechar; que así como los oficiales de cualquier oficio, tratándolo con diligencia, son, segun sus estados, en honra sin necesidad puestos, é olvidándolo, con flojura é poco cuidado pierden lo ganado, viniendo en pobreza é miseria; así los caballeros por el semejante, perdiendo el cuidado de lo que facer deben, sus honras, sus famas é virtudes de gran mengua en miseria son combatidos é derribados. Y este noble rey don Galaor, por no caer en este yerro, teniendo siempre al rey Perion su padre delante, é á sus hermanos, que eran los que habeis oido, en la hora que fué lo de la Profunda Insola despachado se partió, como se os ha dicho, con don Galvanes, á ayudarle á que lo otro de ganar se acabase, é su venida puso tan gran esfuerzo á los de su parte, é á los contrarios tal espanto, que desde el día que allí llegaron nunca mas tovieron osadía de salir de los muros afuera; de forma que en poco espacio de tiempo todo aquel reino esperaban ganar.

Mas agora los dejaremos en sus reales acordando de

combatir á sus enemigos, pues que á ellos salir no osaban, é contar vos ha la historia de Amadís y Grasandor, que de Gandalin se partieron de la Peña de la Doncella Encantadora, é se iban á la insola Firme. La historia dice que despues que Amadís é Grasandor se partieron de Gandalin al pié de la Peña de la Doncella Encantadora, que navegaron tanto por la mar, que sin contraste ni estorbo alguno llegaron al gran puerto de la insola Firme una mañana, é saliendo de la barca, cabalgaron en sus caballos así armados como iban, é antes que al castillo sobiesen entraron á facer oracion en el monesterio que al pié de la Peña estaba, que Amadís mandó facer á la sazón que de la Peña Pobre salió, así como lo habia prometido delante de la imagen de la Virgen María que en la ermita estaba entonces; é llegando á la puerta, fallaron allí una dueña vestida de paños negros, é dos escuderos con ella, é sus palafrenes cerca de sí. Ellos la salvaron, y ella asimismo saludó á ellos, y en tanto que Amadís y Grasandor estovieron de hinojos ante el altar, la dueña supo de algunos del monesterio cómo aquel era Amadís, é atendió á la puerta de la iglesia, é como le vió venir fué contra él llorando, é fincó los hinojos en tierra é dijole: «Mi señor Amadís, ¿no sois vos aquel caballero que á los atribulados y mezquinos socorre, en especial á las dueñas é doncellas?—Ciertamente, si así no fuese, no seria vuestra gran fama por todas las partes del mundo con tanta prez divulgada.—Pues yo, como una de las mas tristes é sin ventura, os demando misericordia é piedad.» Entonces le trabó por la falda de la loriga con las manos ambas, tan fuerte, que solo un paso no lo dejaba andar. Amadís la quiso levantar, mas no pudo, é dijole: «Buena amiga, decidme quién sois é para qué quereis mi acorro; que, segun la gran tristeza vuestra, aunque á todas las otras dueñas falleciese, por vos sola pornia mi persona á todo peligro é afrenta que me venir podiese.» La dueña le dijo: «Quién yo soy no lo sabréis fasta tanto que de vos tenga certidumbre que faréis mi ruego; pero lo que yo demando es, que seyendo casada con un caballero que mucho amo, su gran desventura é mia lo ha traído estar en prision del mayor enemigo que en este mundo él tiene; é della no puede salir, ni me puede ser restituido, si por vuestra persona no, y creed que estas mis rodillas nunca deste suelo serán levantadas, ni quitadas mis manos desta loriga, si con gran desmesura y descortesía no me las faceis quitar, fasta que por vos me sea otorgado esto que demando.» Cuando Amadís así la vió estar, é oyó lo que le decia, no sabia qué le responder; que habia miedo de cativar su palabra en cosa que despues á gran vergüenza se le tornase; pero, como tan fieramente la vió llorar, é trabada tan recio de su loriga, é las rodillas en tierra, fué á tan gran piedad movido, que olvidando de sacar la fianza de la socorrer con justa causa, le dijo: «Dueña, decidme quién sois, é yo os prometo de sacar á vuestro marido donde está preso, é os le dar, si por mí acabar se puede.»

Entonces la dueña lo trabó de las manos é á fuerza gelas besó, é dijo contra Grasandor: «Señor caballero, mirad lo que Amadís me promete;» é luego dijo: «Sabad, mi señor Amadís, que yo soy mujer de Arcalaus el En-

cantador, el cual vos teneis preso; demándoos el que me lo deis é me lo pongais en tal parte que no tema de le perder esta vez; que vos sois el mayor enemigo que él tiene, é como á enemigo mortal, para lo facer amigo, si puedo, le demando.» Cuando Amadís esto oyó fué muy turbado en se ver engañado de aquella dueña con tal arte, é si camino honesto hallara para lo no cumplir, de grado lo ficiera, temiendo mas el peligro y el daño que de aquel mal caballero podria redundar á muchos, que gelo no merecian, que á lo que dél le podria venir; pero veyendo la gran causa que aquella dueña tovo, é que con ninguna razon, seyendo tan obligada á la salvacion de su marido, la podian culpar, é sobre todo, querer que su palabra é verdad por ninguna guisa por dudosa se juzgase, acordó de facer lo que le pedia, é dijole: «Dueña, mucho me habeis pedido; que podeis ser bien cierta que por mayor afrenta tengo el doblar mi voluntad á que en lo que me demandais consienta, que en esforzar mi corazon para sacar á vuestro marido por fuerza de armas de donde quiera que él estoviese, por peligro que en ello se aventurase; é bien puedo decir que desde la hora que caballero fuí nunca servicio ni socorro que á dueña ni doncella ficiese fué contra mi voluntad, si este no.» Entonces cabalgaron él é Grasandor en sus caballos, é Amadís dijo á la dueña que en pos dellos se fuese, é subieronse al castillo. Cuando Oriana é Mabilia supieron su venida, el gran placer é gozo que dello hobieron no se puede decir, é luego ellas é todas aquellas señoras que allí estaban los salieron á recibir á la entrada de la huerta donde ellas posaban. Los autos é cortesías con que Amadís é su señora se recibieron será excusado de decirlo; porque, como quiera que fasta aquí como de enamorados se facia dellos mencion, agora ya, como de casados, se deben poner en olvido, aunque con aquel verdadero amor que siempre fué pasen. Olinda la mesurada é Grasinda abrazaron á Amadís é á Grasandor, é juntos todos se acogieron á sus aposentamientos, que en la gran torre que ya oistes tenían, que en aquella huerta estaba, donde folgaron con mucho placer, como aquellos que de todo su corazon se amaban. Amadís mandó aposentar la dueña é le diesen todo lo que hobiese menester, é otro día de mañana oyeron todos misa con Grasinda en su aposentamiento; é luego que fué dicha, la mujer de Arcalaus demandó á Amadís que cumpliese su promesa. El le dijo que lo tenia por bien.

Entonces fueron todos juntos como allí estaban al alcázar donde Arcalaus preso estaba en la jaula de fierro, que desque Amadís habló con él en la villa de Luvaina cuando lo prendieron, nunca mas lo quiso ver, ni aquellas señoras le habían visto; porque si cuando salieron á rescebir al rey Lisuarte no, y el día de las bodas, nunca de aquella huerta habían salido; é como llegaron, halláronle vestido de una aljuba aforrada en pieles de unas animalias que en aquella insola se tomaban, que era muy preciada, que don Gandales, su amo de Amadís, le ficiera dar por ser invierno, é leyendo en un libro que le envió de muy buenos enjemplos é dotrinas contra las adversidades de la fortuna; é tenia la barba muy luenga é cana, é como era muy grande de cuerpo é feo de rostro, é siempre lo tenia muy sañado, y en

aquella sazón cuando lo vió venir contra sí mucho mas, aquellas señoras fueron muy espantadas de lo ver, especialmente Oriana, que le vino á la memoria de cuando por fuerza la llevaba, é la quitó de sus manos Amadís, á él é á otros cuatro caballeros, como lo cuenta el primero libro desta historia. E cuando llegaron él dejó de leer, é levantóse en pié, é vió á su mujer, mas no dijo nada. Amadís le dijo: «Arcalaus, ¿conoces esta dueña? — Sí conozco, dijo él. — ¿Has habido placer con su venida? — Si es por mi bien, dijo él, tú lo puedes juzgar; pero si otro fruto no trae mas del que pareciera al contrario; que, como yo esté en mi voluntad determinado de sufrir todo el mal que venir me puede, é ya mi corazón tenga á ello sojuzgado, si no fuese que su vista me pusiese esperanza de algun descanso, es causa para mí de mayor dolor.» Amadís le dijo: «Si con su venida eres libre desta prisión, ¿gradécérmelo has, é conocer lo has para adelante? — Si de tu propia voluntad, dijo él, enviaste por ella para hacer lo que dices, siempre lo terné en mucho. Mas si ella se vino sin tu placer ni sabiduría, é si algo le has prometido, no te puedo yo dar gracias, porque las buenas obras que mas construyendo la necesidad que caridad se hacen, no son dignas de mucho mérito; é por eso te ruego mucho que me digas, si por bien lo tovieres, qué causa le movió á ella é á tí con estas dueñas de me venir á ver.» Amadís le dijo: «Yo te diré verdad de todo como ha pasado, é mucho te ruego que así me la digas en tu respuesta.» Entonces le contó cómo su mujer por engaño le había demandado un don, é cómo le había pedido que le soltase, é todo lo otro que él respondió, que no faltó ninguna cosa. Arcalaus le dijo á Amadís: «Como quiera que de mi hacienda avenga, yo te diré la verdad enteramente de lo que en la voluntad tengo, pues que la deseas saber. Si cuando en Luvaina te pedí piedad é misericordia la hobieras de mí, restituyéndome en mi libre poder, cree verdaderamente que todo el tiempo de mi vida te fuera obligado, é siempre fallaras en mi obras de verdadero amigo; mas faciéndolo agora, no lo deseando ni lo pudiendo excusar, así como con enemiga me faces esta buena obra, así con ella yo la rescibo para la tener en aquel grado que merece; que aun tú me ternías en poco y de muy flaco corazón, si por lo que te debo querer mal te diese gracias. — Gran placer he habido, dijo Amadís, de lo que has dicho, é dices verdad, que por te sacar de aquí no me debes ser en cargo ninguno; que ciertamente determinado estaba de tenerte mucho tiempo, creyendo que mas conveniente cosa era darte la pena que merecias, que no que tú la dieses á muchos que la no merecieron; pero por la promesa que á esta dueña fice yo te mandaré sacar desa prisión é ponerte en salvo. Una cosa te ruego; que aunque á mí tu voluntad ni obra no perdona, y me trates con aquella enemiga que siempre en los tiempos pasados me toviste, que perdones á los otros que te nunca mal hicieron; y esto fazlo por aquel Señor que, cuando mas sin esperanza estabas de tu deliberación, é yo de te la otorgar, tovo por bien de poner remedio á tus males; que así lo face con su sobrada misericordia con los malos despues de los haber tentado, porque con semejantes azotes é fatigas pongan fin

á las obras que contra su servicio son; é cuando han este conocimiento, dales en este mundo buena postrimería, y en el otro bienaventurado placer, que es sin fin; é si al contrario lo hacen, al contrario gelo da, ejecutando la justicia con la pena que merecen, sin les dar esperanza alguna ni remedio á sus ánimas despues que destos desaventurados cuerpos son salidas.» Arcalaus le dijo: «En lo que á tí toca conocido está que por ninguna manera te podría querer bien ni te dejar de hacer el mal que podiere. En los otros que dices, no sé lo que faré, porque, segun mi costumbre tan envejecida, é con ella haya fecho tantos males, poca esperanza me queda en aquel Señor que dices que me dará su gracia sin gelo merecer, porque sin ella no podría mi condición resistir ni contrastar una cosa tan dura é tan fuera de su querer; é puesto que bastase, no lo faria por tu consejo, porque conmigo no ganases la gloria que con todos los otros has ganado; é si alguna merced de Dios he rescebido, no es otra, salvo no te dar gracia ni te poner en corazón; que cuando yo con tanta homildad te demandé me soltases, antes quiso que fuese á pesar tuyo, é tanto contra tu voluntad, que no quedase cosa alguna en que en cargo te pudiese ser.»

Mucho fueron espantadas aquellas señoras de oír lo que Arcalaus le dijo, é mucho rogaron á Amadís que lo no soltase, porque mas erraria contra Dios en dar causa que aquel mal hombre, estando libre, libremente pudiese ejecutar sus malos deseos, que teniéndolo preso, de su promesa faltase. Amadís les dijo: «Mis señoras, así como muchas veces acaesce que con las grandes adversidades las personas son corregidas y emendadas, teniendo los ánimos muy fuertes é firmes en la esperanza é misericordia de Dios; así los que desto carecen, aquellas mismas son causa de su desesperación, por donde sin ningun remedio son dañados; é así podría acaescer á este Arcalaus si mas aquí lo toviese, conociendo que en él no cabe de ser emendado ni corregido por esta via; yo guardaré mi palabra y verdad, é lo al déjolo á aquel Señor que en un momento le puede traer á su santo servicio, como á otros muchos mas pecadores lo ha fecho.» Con esto se partieron de su fabla, é la dueña, por mandado de Amadís, fué metida en la jaula de hierro con su marido, porque le ficiere compañía aquella noche, y él con aquellas señoras se tornó á la torre de la huerta. E otro día de mañana mandó Amadís llamar á Isanjo, gobernador de la insola, é rogóle que sacase á Arcalaus é á su mujer de la prisión, y le diese un caballo é armas, é mandase á sus hijos que con diez caballeros le pusiesen en salvo donde él fuese contento é su mujer satisfecha de lo que le había demandado; lo cual así se hizo, que los hijos de Isanjo fueron con él fasta el su castillo de Valderin, que le dejaron. Y queriéndose despedir, dijoles Arcalaus: «Caballeros, decid á Amadís que á las bestias bravas é las animalias brutas suelen poner en las jaulas, que no á los tales caballeros como yo; que se guarde bien de mí, que yo espero presto vengarme dél, aunque tenga en su ayuda aquella mala puta Urganda la Desconocida.» Ellos le dijeron: «Por ese camino presto tornaréis adonde salistes.» E con esto se tornaron.

Puédese creer aquí que como esta dueña, mujer deste

Arcalaus, fué muy piadosa é muy temerosa de Dios, y de todas las cosas de muertes é cruces que su marido facia, había ella gran pesar é dolor en su corazón, excusando dellas todas las que podia, que por sus méritos alcanzó esta gracia de sacar á su marido de donde todos los del mundo no lo podieran hacer. Así que, la buena dueña é devota mujer debe ser muy preciada y en mucho tenida, porque por ella muchas veces Dios nuestro Señor permite que la hacienda, hijos é marido sean de grandes peligros guardados. Pues como ois estaban Amadís é Grasandor en la insola Firme con sus mujeres, á gran placer de sus corazones, donde á poco tiempo llegó Darioleta é su marido, é fija con su marido Bravor, que acrecentaron mucho en su alegría.

Mas agora dejará la historia de hablar dellos, é contará de lo que Balan el gigante, señor de la insola de la Torre Bermeja, fizo.

Dice la historia que á los quince dias despues que Amadís é Grasandor partieron de la insola de la Torre Bermeja, donde dejaron maltrecho al gigante Balan, qu'el Gigante se levantó de su lecho, é mandó dar á Darioleta é á su marido é á su fija muchas cosas preciadas é una fusta muy buena en que se fuesen; y envió con ellos á Bravor, su hijo, así como lo había prometido á Amadís; é luego que de allí partieron, él fizo aparejar una flota asaz grande, así de sus fustas, que muchas tenia, como de otras que había tomado á los que por allí caminaban; é guarnecióla de armas é gentes é viandas cuantas haber pudo, y metióse á la mar con muy buen tiempo enderezado, é tanto andovo sin contraste alguno, que á los diez dias llegó al puerto de una villeta pequeña, que había nombre Licrea, del señorío del rey Arábigo, é allí supo cómo aquellos señores tenían cercada la gran cibdad de Arabia, y el cerco muy apretado, especialmente despues que allí llegó el rey de Sobradisa don Galaor é don Galvanes; é luego fizo que su gente saliese en tierra, é sacasen sus caballos é armas, é los ballesteros é archeros, é todos los otros aparejos de real; é dejando en la flota tal recaudo con que segura quedase, se fué derechamente á la parte donde supo que el rey don Galaor é don Galvanes tenían su aposentamiento, é como ellos sopieron su venida por sus mensajeros del Gigante, cabalgaron con gran compañía é salieron á recibirlo. El Gigante llegó con su muy buena compañía, y él, armado de muy ricas armas, encima de un muy fermoso é gran caballo; así que, pocos podiera haber que tan bien é tan apuestos como él paresciesen de su grandeza. Ellos ya sabian lo que le aviniera con Amadís, que Gandalin gelo contó como había pasado, é don Galaor puso delante á don Galvanes, que aunque en señorío no era su igual, era en mucha mas edad crecido que no él; é por esta causa, é tambien por el su gran linaje donde venia, é por las buenas maneras de su condición, siempre Amadís é sus hermanos é Agrájes le cataron mucha cortesía. El Gigante no lo conocía, que lo nunca viera, aunque sabia muy bien por menudo todo su fecho, porque Madasima, su mujer deste don Galvanes, era sobrina de Madasima, madre deste Balan, como ya se os ha contado; é como á él llegó, dijo el Gigante: «Mi buen señor, ¿sois vos don Galaor? — No, dijo él, sino don Galvá-

nes, que mucho os ha deseado.» Estonces el Gigante lo abrazó, é díjole: «Señor don Galvanes, segun el deudo tenemos, no hobiera pasado tanto espacio de tiempo sin que me viéades, mas la enemiga que yo tenía con quien vos tan gran amistad teneis, dió causa á la tardanza dello; pero esta ya fuera va por la mano de aquel que en discreción ni esfuerzo no tiene par.» El rey don Galaor riendo y de buen talante llegó á lo abrazar, é dijo: «Mi buen amigo, señor, yo soy aquel por quien preguntais.» Balan lo miró é dijo: «Verdaderamente, buen testigo es dello ese vuestro gesto, segun se parece á aquel por quien yo vos deseaba conocer.» Entonces el Gigante porque Amadís é don Galaor se parecían mucho, tanto, que en muchas partes tenían al uno por el otro, salvo que don Galaor era algo mas alto de cuerpo, é Amadís mas espeso. Esto fecho, tomaron al rey don Galaor en medio é fuéronse á su real, é don Galvanes llevó á don Balan á su tienda en tanto que su aposentamiento se facia, donde fué servido como al uno é al otro lo requeria y debía ser.

## CAPITULO L.

De cómo Agrájes é don Cuadrágante é don Bruneo de Bonamar, con otros muchos caballeros, vinieron á ver al gigante Balan, y de lo que con él pasaron.

Agrájes é don Cuadrágante é don Bruneo de Bonamar, como sopieron la venida de aquel gigante, tomaron consigo á Angriote de Estravaus, é á don Gavarto de Val Temeroso, é á Palomir, é á don Brian de Monjaste, é á otros muchos caballeros de gran prez que allí con ellos estaban, para les ayudar á ganar aquellos señoríos que habeis oído; é fueron todos al real del rey don Galaor y de don Galvanes, donde el Gigante aposentado estaba, é falláronlo en la tienda de don Galvanes, que era la mas rica é bien obrada que ningun emperador ni rey podría tener, la cual hobo con Madasima, su mujer, que le quedó de Famongomadan, su padre. En esta tienda, despues que cada año la hacia armar en una vega que delante del castillo Ferviente estaba, facia sentar en un rico estrado á su hijo Basagante, é todos sus parientes, que muchos eran, y le obedecian como á su señor por su gran fortaleza é riqueza, é sus vasallos é otras muchas gentes que sojuzgadas por fuerza de armas tenia, le besaban la mano por rey de la Gran Bretaña, é con este pensamiento envió demandar al rey Lisuarte á Oriana para la casar con aquel su hijo Basagante, é porque se la no quiso dar le facia muy cruda guerra al tiempo que Amadís los mató á entrambos, cuando les quitó á Leonoreta, hermana de Oriana, é los diez caballeros que con ella presos llevaban, como el segundo libro desta historia mas largo lo cuenta. Pues al tiempo que estos caballeros llegaron, el Gigante estaba desarmado é cobierto de una capa de seda jaldada, con unas rosas de oro bien puestas por ella; é como él era grande y fermoso y en edad floreciente, parecióles á todos muy bien, é mucho mas despues que le fablaron; porque, segun ellos conocian la condición tan fuerte de los gigantes, é como á natura eran todos muy desabridos é soberbios, sin se sojuzgar á ninguna razon, no pensaban que ninguno dellos podría ser todo esto tanto al contrario como este Balan